

pitanes, salió á 3 de Abril de 1511 (1) de la ciudad mencionada, dirigiéndose á Bolonia, á donde llegó el 7 del mismo mes, tan fresco como un guerrero en la flor de la juventud. Luego el 10 celebraron allí su solemne entrada, Mateo Lang y Juan Gonzaga, como enviados del Emperador, y Jacobo Conchilles, como representante de Don Fernando el Católico, después de haber sido ya recibidos por el Papa en una audiencia secreta (2). En la misma entrada solemne, se vió con disgusto que Lang se presentara en un traje completamente seglar. El minucioso Maestro de Ceremonias Paris de Grassis refiere: «Yo le rogué inútilmente se pusiera un traje eclesiástico, principalmente por cuanto iba luego á recibir la dignidad cardenalicia; pero él me rechazó redondamente diciéndome: Me presento de la misma manera que me he separado del Emperador. Y como yo consultara al Papa sobre este incidente, me contestó, que podía dejar las cosas como estaban; lo cual hice, aun cuando muchos manifestaron su disgusto contra mí, y todavía más contra Lang» (3).

Cuando al siguiente día tuvieron los enviados su audiencia pública, señalóse á Lang, por expreso mandato del Papa, el puesto de honor inmediatamente después de los cardenales diáconos; pero ésta y otras distinciones fueron correspondidas por el representante del Emperador con tan grosera arrogancia é intolerable altanería, que produjo en los italianos bien educados la impresión de un perfecto bárbaro. En la audiencia declaró Lang, «en un discurso breve y por extremo altanero», que Maximiliano le enviaba á Italia, porque preferiría recobrar lo que le pertenecía por medios pacíficos, que mediante una guerra; pero que no admitiría ninguna otra base de las negociaciones, sino la de que se arrancara de manos de los venecianos todo cuanto bajo cual-

(1) Paris de Grassis, ed Frati 260. Gregorovius VIII³, 68 y Brosch, Julius II, 219 trasladan la partida del Papa al 30 de Marzo. Los dos han leído muy superficialmente á Grassis. Es verdad que en el diario de este autor, el capítulo intitulado *Discensus pontificis ex Ravenna ad Bononiam* empieza por las palabras: *Die Dominica 30 Martii*; pero si los dos historiadores sobredichos hubiesen leído muy pocas líneas más abajo, hubiesen hallado, que el 30 de Marzo sólo se había resuelto la partida, y que Grassis continua luego: *Itaque die Jovis tertia Aprilis inde movit*. Cf. Bernardi II, 319.

(2) Paris de Grassis, ed Frati 262, 263. Cf. Bernardi II, 320 s.; *Lettres de Carondelet* 111. Ulmann II, 426 pone sin exactitud la audiencia privada en el 11 de Abril. Cf. *Lettres de Louis XII*, II, 139.

(3) Paris de Grassis, ed Frati, 265.

quier título hubiesen usurpado, tanto de los territorios del Imperio, como de los Estados hereditarios de Austria. Y como Julio II confiara á tres cardenales la prosecución de las negociaciones, declaró Lang orgullosamente, ser ajeno de su dignidad entenderse con otro que con el mismo Papa; por lo cual, diputó á tres de sus servidores nobles para que conferenciaran con los designados. Fué enteramente inaudito el modo como se portó Lang con el mismo Papa, Jerarca supremo de la Iglesia, el cual se había lisonjeado con la esperanza de ganar con las más altas dignidades y pingües beneficios al prelado alemán, conocido como «devorador de prebendas»; pero Lang procedió con Julio II como si la tiara estuviera ya en la cabeza de su imperial Señor. El embajador veneciano refiere con asombro la pompa de que se rodeaba el obispo de Gurk, y cuán raras veces visitaba al Papa. En las audiencias, presentábase Lang, no como un embajador, sino como un Rey; y pretendía conferenciar con el Papa sentado y cubierta la cabeza. No puede, por consiguiente, sorprendernos, que fracasaran completamente (1) aquellas negociaciones, que ya desde un principio presentaban tan mal cariz, atendida la diametral oposición de fines y deseos de los principales factores; pues el 16 de Abril había el Papa excomulgado á todos los partidarios de Luis XII (2).

(1) Sanuto XII, 126-129, 139, 140, 147, 160. Cartas de Lang, publicadas en *Lettres de Louis XII*, II, 107 s., 139, 182, 205 s. Paris de Grassis, ed. Frati 265 ss., 271-272 (aquí hay que corregir un error de imprenta; 27 de Abril está en vez de 25). Coccinius, *De bellis italicis* (en Freher II, 542 s.). Bernardi II, 323 s., Guicciardini IX, c. 5, quien advierte: *La quale indegnita divorava insieme con molte altre il pontefice, vincendo la sua natura l'odio incredibile contro ai Francesi*. Le Glay I, 394 s. Brewer, *State Papers of Henry VIII*. I, 168, Cf. Havemann, II, 358 s. Brosch, Julius II. 220, 353. Romanin V, 256. Ulmann II, 426 s. Huber III, 389-391. Creighton IV, 127-128, y respecto de la narración de Coccinius, las investigaciones de Krieger, *Ueber die Bedeutung des vierten Buches von Coccinius' Schrift De bellis italicis*, v. 27 s., las cuales á la verdad no son suficientes y en parte hasta son falsas; así, por ejemplo, escribe este autor en la pág. 32: *El dato de Coccinius de que «Lang estuvo quince días en Bolonia, es falso. Llegó el 8 de Abril y se volvió el 15», en apoyo de lo cual cita las Lettres de Louis XII, II, 205. Pero en este pasaje se dice, que Lang se partió el 25. Por consiguiente, aquí más bien hay que corregir á Krieger que no á Coccinius. Sobre Lang, como «devorador de beneficios», v. *Städtechroniken* XXIII, 75.*

(2) La bula ha sido publicada por Raynald 1511, n. 50. Lang dirigió sus esfuerzos en el sentido de su señor, es decir, á reconciliar de nuevo al Papa con Francia, aislar por este medio á Venecia, y restablecer en su primera amplitud la liga de Cambray reforzada todavía por la adhesión de Inglaterra. Por el contrario, el Papa y Venecia trabajaban por ganar al obispo, y por medio

A 25 de Abril el obispo de Gurk se marchó súbitamente de la residencia pontificia, en actitud amenazadora y casi sin despedirse del Papa. El embajador veneciano refiere, que la comitiva de Lang se marchó entre las aclamaciones de «Viva el Emperador, viva Francia, vivan los Bentivoglio»; no es, pues, de maravillar, que se esparciera por Bolonia el rumor de que las Potencias guerrearían contra el Papa hasta el último extremo; le citarían ante un concilio y le despojarían de su dignidad (1).

Las amenazas de Lang no habían sido en manera alguna palabras vacías, pues los franceses reanudaron luego inmediatamente las operaciones militares, las cuales se habían interrumpido durante las negociaciones. Entonces se mostró que la muerte de Chaumont, ocurrida á 11 de Febrero, había sido una fortuna; pues él había dejado caer en manos de los enemigos la ciudad de Módena, no había llegado á Bolonia bastante á tiempo, ni había hecho levantar el sitio de Mirándola. Después de su muerte, tomó el mando superior el anciano Trivulzio. Este genial capitán conquistó en seguida á Concordia y avanzó contra Bolonia. A la noticia de ello corrió Julio II inmediatamente al campamento, para animar á sus generales al ataque. El Papa quería quedarse la primera noche en Cento; pero hubo de detenerse en Pieve, porque 1,000 soldados de infantería acampados en Cento, no querían salir de aquel lugar hasta haber recibido sus pagas. Irritado por esto, regresó el Papa al día siguiente á Bolonia; mas era claro que no podía quedarse allí, si no quería exponerse por segunda vez al peligro de caer prisionero de los franceses; por lo cual resolvió dirigirse á Ravenna. Antes de su partida, convocó el Consejo de los Cuarenta, les expuso los beneficios que Bolonia debía á la Iglesia, y los exhortó á permanecerle adictos con firmeza; y como le hubieran prometido inquebrantable fidelidad, dejóse mover Julio II á confiar á los ciudadanos la custodia de los muros y de las puertas (2).

de él al emperador, para poder después con las fuerzas unidas, arrojarse sobre los franceses. Huber III, 389-390.

(1) Paris de Grassis, ed. Frati 272. Brosch, loc. cit.

(2) Así lo dice Coccinius l. c. Sobre el relato de este escritor, diferente en parte del de Guicciardini, cf. Krieger 33 s. Los discursos que trae Guicciardini, son ciertamente de su invención; pues Julio II, precisamente en el hablar era muy poco expedito. Cf. Paris de Grassis en el apéndice, n.º 32 (*Biblioteca Rossiana de Viena*). Sobre el peligro que corría Bolonia, v. Fumi, *Carteggio* 147.

Pero la suerte de Bolonia, de donde salió el Papa á 14 de Mayo (1), no estaba pendiente de sola la actitud de sus ciudadanos, sino todavía más por ventura, de la del cardenal legado Alidosi y del duque de Urbino, que con su ejército acampaba delante de la ciudad. La discordia entre ambos paralizaba de antemano toda acción decisiva; la conducta de Alidosi, y el odio que contra sí había concitado, así como la poca seguridad de los boloñeses, hicieron lo demás. Inmediatamente después de la partida del Papa, se conmovió en la ciudad el partido de los Bentivoglio, y con él, todos los adversarios del Gobierno eclesiástico; la población se vió invadida por una poderosa efervescencia, y Alidosi, sin tomar medida ninguna para remediarla, y dándolo en seguida todo por perdido, huyó disfrazado á la ciudadela, y luego que se enteró allí de haber sido traidoramente entregada á los Bentivoglio la puerta de San Felice, marchóse á Castel Ríó, cerca de Ímola. No se portó mejor el duque de Urbino; el cual, á la noticia de lo ocurrido en Bolonia, dió á sus soldados la señal para la retirada, que degeneró en declarada fuga. Toda la artillería y casi todo el bagaje, lo propio que un gran número de banderas, cayeron en manos de los enemigos, y á 23 de Mayo penetró Trivulzio en Bolonia, donde restableció el señorío de los Bentivoglio (2). Estos comenzaron inmediatamente á destruir de una manera vandálica todas las señales que recordaban la soberanía pontificia; y á aquellos odios de partido sacrificóse luego también la estatua de bronce, magnífica obra de Miguel-Angel, erigida á honra del Papa, y colocada el año de 1508 sobre el portal del Domo (3).

La pérdida de Bolonia, después de Roma, la más hermosa y rica ciudad de los Estados de la Iglesia, fué el más duro golpe que hirió en su larga y agitada existencia á Julio II, el cual se vió entonces despojado del fruto de sus más graves luchas. Sin embargo, no se desconcertó lo más mínimo al recibir aquella terrible nueva: en breves frases comunicó á los cardenales la pérdi-

(1) Paris de Grassis, ed. Frati 274. Sanuto XII, 183. Bernardi II, 324. *Acta consist. f. 28. El *breve que Julio II dirigió á Alidosi y á los boloñeses el 16 de Mayo de 1511, muestra cuán poco presentía el golpe que le había de herir (v. el texto en el apéndice, n.º 127, *Archivo público de Bolonia*).

(2) Coccinius l. c. Cf. Krieger 34-36. Paris de Grassis, ed. Frati 275 s. Alfani 257. Lettres de Carondelet 114. Prato 284. Nardi I, 398 ss. Lettres de Louis XII. II, 233-235, 243 s., 250 s. Sanuto XII, 190. Cf. Ranke, *Rom. und germ. Völker* 160 s., Havemann II, 363 s. Gozzadini, *Alcuni avvenimenti* 215 ss.

(3) Sobre eso, pueden verse más pormenores abajo en el cap. 9.

da de Bolonia, atribuyendo la culpa de este revés á la traición de los ciudadanos y del duque de Urbino, á quien quería hacer ajusticiar. Inmediatamente se expidieron los necesarios mandamientos para recoger y reorganizar el ejército, y se fulminó el interdicto contra Bolonia (1).

Alidosi y el duque de Urbino se echaban uno al otro (por ventura con igual derecho) la culpa de la catástrofe, y se dirigieron apresuradamente á la residencia del Papa con el objeto de justificarse. Los amigos de Alidosi no habían hecho más que confirmar al Papa en su persuasión, de ser la culpa del duque; de suerte que colmó al nepote de los más violentos reproches. Furioso salía el duque de la presencia del Papa, cuando se encontró en la calle con el cardenal, que se dirigía á la morada pontificia y le saludó amigablemente; pero el joven duque, ciego de enojo y dominado por su ardiente pasión, desenvainó la espada é hirió á Alidosi mortalmente, exclamando: «Traidor, ¿estás por fin aquí? ¡Toma tu recompensa!» Después de lo cual se alejó apresuradamente. Alidosi murió una hora después, pronunciando estas palabras: «Así recibo el castigo de mis pecados» (2).

Cuán grande fuera el odio que contra sí había concitado Alidosi, lo muestra el hecho de haberse todos regocijado por su muerte, á excepción de Julio II. Generalmente se tenía al legado por un traidor, y por el verdadero culpable de la pérdida de Bolonia. «¡Buen Dios, escribía el primer maestro de ceremonias del Papa, en su Diario, cuán justos son tus juicios! Por eso todos debemos darte gracias por haber castigado á este traidor según su

(1) Paris de Grassis, ed. Frati 277. Cf. Sanuto XII, 191. Egidio von Viterbo, ed. Höfler 386, y Lettres de Carondelet, 114.

(2) Coccinius l. c.; cf. Krieger 36-37. Paris de Grassis, ed Frati 278 s. (La puntuación es mejor en la edición de Döllinger 406. El texto publicado por Creighton es peor que el de las ediciones precedentes). Sanuto XII, 198 s. Bernardi II, 332. Bembo 472. Carpesanus V, 5, p. 1273-1274. Lettres de Louis XII. II, 246. Belcarius 365. Landucci 308-309. Guicciardini IX, c. 5. Sobre Alidosi, cf. Jovius, Vita Leonis X, lib. II, p. 34, y Elogior. lib. IV, p. 134. V. también Sugenheim 406 s. y Gozzadini, Alcuni avvenimenti 106 s., 227 ss.; cf. 231 s. Recientemente, Fanti, Imola 10 s., y especialmente Klaczko 285 s. han procurado defender á Alidosi. Muchos de los argumentos que aducen, son muy dignos de atención, aunque los autores van demasiado lejos en sus apologías. Como quiera que sea, todavía no se ha pronunciado la última palabra sobre Alidosi. En 1863, se señaló con una placa conmemorativa el sitio de la calle de S. Vitale, donde acaeció el homicidio. El cráneo de Alidosi se conserva en la bibl. Classense de Ravena. V. Gozzadini, l. c. 228-230. Fanti, Imola 13-14.

merecido. Verdad es que ha sido un hombre quien ha quitado de en medio á aquella odiosa persona; sin embargo, creemos no haberse hecho esto sin tu permisión, y por ello te damos nuevamente las gracias» (1).

Durante aquel terrible acaecimiento, había tenido lugar una reunión de los cardenales, en la cual se había confiado al cardenal de Isvalies, generalmente amado, la legación de Bolonia y de la Romaña. Julio II á quien contristó profundamente, no sólo el asesinato de su favorito, sino también la violación de la suprema dignidad eclesiástica (2), se marchó inmediatamente de Ravena (3) dirigiéndose á Rímimi, donde le estaba preparada otra todavía más funesta sorpresa. A 28 de Mayo se halló fija en las puertas de San Francisco, junto á cuya iglesia moraba el Papa, la citación para el concilio de Pisa, que debería abrirse á 1 de Septiembre. Aquel documento, fechado á 16 de Mayo de 1511, hacía constar: «Que los delegados del Emperador romano-germánico y del Rey Cristianísimo proponían la convocación de un concilio general, fundándose en la necesidad de él y en el decreto *Frequens* del concilio de Constanza; poniendo asimismo de relieve la remisión del Papa, y la infracción del juramento prestado por él en el conclave. Presupone la perfecta autorización de

(1) Paris de Grassis, ed. Frati, 278; cf. 319. La confianza inquebrantable que Julio II tenía puesta en Alidosi, fué el origen de las acusaciones de repugnante inmoralidad, que se han dirigido contra este Papa. Respecto á eso, hasta un adversario tan violento de Julio II, como Brosch (224), observa lo siguiente: «La Italia del Renacimiento no debería llamarse y haber sido escuela de perversidad, cual el mundo desde entonces no ha podido mostrar otra segunda (Burckhardt), si esta comunicación de un Papa tan eminente, pero del todo mundano, con un cardenal pecador, no hubiese dado materia á las murmuraciones más escandalosas. Las imputaciones irritantes, que por eso se acumulan sobre el nombre de Julio II, recaen en los detractores y son indudablemente una resonancia de sus hablillas y conversaciones, mientras que es sumamente discutible, si el Papa mereció realmente tan indignas inculpaciones.» Creighton, IV, 130, escribe á su vez: It is hard to account for the infatuation of Julius II, towards Cardinal Alidosi, and we cannot wonder that contemporary scandal attributed it to the vilest motives. «El papa era molto vitioso e dedito alla libidine Gomorraea», says a relazione of Trevisan printed by Brosch, Julius II, 296. The charge was often repeated with reference to Alidosi. It was a rude way of explaining what could not be explained. Cf. también arriba, cap. 4, p. 241, not. 1.

(2) V. Raynald, 1511, n. 61.

(3) No esperó hasta el 28 de Mayo, como dice Ranke, Rom. und germ. Völker, 261. Cf. Paris de Grassis, ed. Frati, 280, ibid 319 s., sobre la popularidad de Isvalies.

los cardenales para convocar el concilio, á pesar de la resistencia del Papa, y el asentimiento de los más de los cardenales que no se hallaban privados de su libertad; y protesta de antemano contra cualesquiera censuras que pudieran fulminarse.» Se ruega asimismo al Papa dé su asentimiento á la convocación del concilio, y asista á él en persona ó por medio de sus delegados; y se convoca también é invita á los cardenales, obispos, cabildos y universidades, así como á los príncipes seculares. Entretanto debe abstenerse el Papa de todo nombramiento de nuevos cardenales ó promulgación de los ya nombrados, de todo proceso contra los cardenales antiguos y contra los prelados que admitan el Concilio, y no menos de toda medida para impedir dicho Concilio ó para cambiar ó enajenar los bienes de la Iglesia romana; debiendo, semejantes actos, considerarse como nulos y de ningún valor. Y como el Papa no ofrezca ninguna seguridad, antes bien proceda con frecuencia violentamente, bastará que este escrito de convocación se publique en Módena, Reggio y Parma».

Se dice que convocan el concilio los cardenales Carvajal, Briçonnet, Felipe de Luxemburgo, Francisco de Borja, Adriano de Corneto, de Prie, Carlos del Carretto, Sanseverino é Hipólito de Este (1). El escrito de convocación había de difundirse por todas «las cuatro naciones»; pero además se enviaron también á cada uno de los príncipes, á 23 de Mayo, especiales cartas, con el requerimiento de enviar sus embajadores y prelados al concilio (2); el cual, según anunciaban los cardenales convocantes, debería restablecer la verdadera paz en la Cristiandad, preparar la guerra contra los turcos y reformar la Iglesia en la cabeza y en los miembros. Pretextando semejantes fines, procuraban aquellos hombres ambiciosos cubrir sus egoístas planes con el velo de la hipocresía (3).

La convocación de un concilio motivada con pretextos fútiles (4), y hecha por cardenales disidentes, era un público acto de

(1) Raynald, 1511, n. 5-6. Mansi, V, 349-353. Sanuto, XII, 250-254. Hergenröther, VIII, 437 s.

(2) Goldast, 1196. Lettres de Louis XII, II, 235-241.

(3) Juicio de Lehmann, 12. Cf. Sandret, Concile de Pise, 440 s., y sobre las

rebeldía y una audaz intrusión en la esfera propia de la autoridad del Supremo Jерarca de la Iglesia. Al principio nadie se atrevía á decir al Papa cosa alguna sobre aquella citación; pero, naturalmente, este negocio no podía permanecer oculto á Su Santidad y de las relaciones de los embajadores venecianos se colige, cuán graves cuidados le infundía el proceder de los cardenales rebeldes (1). Desposeído casi completamente de todo su poder político (pues todo el Estado de la Iglesia se hallaba aquellos días abierto á las tropas francesas), se veía ahora Julio II amenazado también gravísimamente en el terreno puramente eclesiástico; pues, detrás de los cardenales rebeldes, estaba, no sólo el monarca francés, sino también el Emperador germánico, uno y otro por extremo exasperados (2). Los malos resultados de la guerra dirigida contra Venecia, habían movido á Maximiliano I á arrojar enteramente en brazos de Luis XII (3); y desde entonces, probaba fortuna, no sólo en el terreno político, sino también en el eclesiástico, con las «sutiles prácticas galicanas» que, por otra parte, tanto aborrecía. Los sentimientos de algunos círculos de Alemania eran resueltamente contrarios á Roma, y las querellas contra

(1) Sanuto, XII, 203, 218, 223. Paris de Grassis, ed. Frati, 281 s.

(2) Ya desde 1503, la política de Maximiliano iba dirigida á asegurarse una poderosa influencia sobre el papado, y á crear, si fuese posible, una suprema Cabeza de la Iglesia, dependiente de él. En dicho año, era tan grande el temor de Maximiliano, de que Amboise fuese elegido Papa, que dió instrucciones á su embajador en Roma, para que hiciese todo lo posible para impedirlo, y hasta si fuese necesario, provocase un cisma (Bibl. de l'Ecole des chartes XXXI, 70. Arch. Veneto, I, 85 ss. Petrucelli della Gattina, I, 459. Ulmann, I, 136 s.). Como en los años siguientes, Luis XII estuviese firme en el plan de procurar la tiara á Amboise, Maximiliano dirigió sus esfuerzos naturalmente á contrariar semejantes aspiraciones. En este sentido hay que entender sin duda, lo que escribe Maximiliano á Jorge de Neideck, obispo de Trento, en 10 de Junio de 1507, es á saber, que quiere ir á Roma, para ser á la vez emperador y papa (esta carta se halla desde 1830 en la *Biblioteca de palacio de Viena*, y de ella se ha publicado un fragmento en la *Zeitschrift des Ferdinandeums*, IX, 55-56); pues entonces Maximiliano no podía pensar seriamente en pretender para sí la tiara. Más tarde se propaló por diversos conductos, que el más ardiente deseo de Maximiliano era el anexionarse los Estados de la Iglesia. Difícilmente podrían haberse extendido tanto los planes del soberano alemán; más bien es probable, que las indicaciones de esta especie son puras fantasías, cuya fuente se hallaba en los recelos de Francia, España é Italia. «Lo que hay en el fondo de verdad es, el ardiente deseo de Maximiliano de hacerse coronar emperador»

haberse extendido tanto los planes del soberano alemán; más bien es probable, que las indicaciones de esta especie son puras fantasías, cuya fuente se hallaba en los recelos de Francia, España é Italia. «Lo que hay en el fondo de verdad es, el ardiente deseo de Maximiliano de hacerse coronar emperador»

el proceder político y eclesiástico de la Curia se habían expresado allí repetidas veces (1). Ya en el año de 1495, poco antes de la Dieta de Worms, un noble sajón, *Hans von Hermannsgrün*, movido por el temor, apenas fundado, de que Alejandro VI otorgaría la corona imperial al monarca francés Carlos VIII, había compuesto un folleto político, donde se refleja la efervescencia de los ánimos. En él se proponía que, en caso de dar el Papa semejante paso, se le rehusara temporalmente la obediencia, estableciendo en su lugar un Patriarca alemán; debíanse entablar negociaciones con los polacos, bohemios y húngaros, para poder citar al Papa delante de un Concilio (2). Todavía son más ridículas las ideas que se proponen en el escrito de un revolucionario del Alto Rin, perteneciente al primer decenio del siglo XVI; en lo que toca á la Iglesia no se pide allí menos que «la secularización de todas las propiedades eclesiásticas en favor del Estado»; el Papa ha de responder al Emperador de los Estados de la Iglesia, por haberlos enajenado del Imperio contra derecho, y debe someterse enteramente á la inspección y autoridad imperial (3).

La exasperación por haber Julio II ajustado la paz con Venecia, sugirió á Maximiliano el plan de combatir también al Papa con armas espirituales, conforme al ejemplo de los franceses (4).

(1) Cf. Gebhardt, *Gravamina*, 58 s.

(2) Ulmann, *Der Traum des Hans von Hermannsgrün*, en las *Forschungen zur deutschen Geschichte*, XX, 69 s. Aquí, en la p. 18 s., está publicada esta memoria, que después Döllinger, *Beiträge*, III, 91 s., sacó á luz de nuevo con fecha falsa y texto defectuoso. Grauert, en su interesante estudio «*Alte Prophezeiungen über Kaiser und Reich*», publicado en el *Deutschen Hausschatz*, Jahrg., XVII, n.º 45, emite la suposición de que podría ser que la oposición de H. von Hermannsgrün, fuese motivada por un escrito del catalán Hieronymus Paulus, del año 1492, contra el privilegio de los alemanes de elegir emperador. Dice este curial pontificio de la corte de Alejandro VI, que sería mucho más ventajoso para el imperio y la Iglesia, si no solamente los alemanes, sino también todos los príncipes cristianos, eligiesen para gobernar el imperio, á uno, á quien los demás tuviesen que obedecer, el cual sería suficientemente poderoso para sujetar á los pueblos bárbaros y paganos. Añade, que Italia tiene especial necesidad de un poderoso soberano temporal único, por hallarse la tierra dividida por tiranos y facciones, y expuesta á gravísimos peligros.

(3) Cf. Haupt, *Ein oberrheinischer Revolutionär aus d. Zeitalter Maximilians I*, en el 8.º suplemento de la *Westdeutschen Zeitschrift*, 174 ss., y Janssen-Pastor, I¹⁷⁻¹⁸, 738 s., donde se trata extensamente de la disposición antirromana que había en Alemania en aquella época.

(4) Que influyó el ejemplo de Francia, lo deduce Ulmann, *Absichten*, 15, con razón, de un *despacho de Pandolfini de 30 de Septiembre de 1510. *Archivo público de Florencia*.

Al mismo tiempo que Luis XII convocaba á sus obispos cortesanos (Septiembre de 1510), enviaba Maximiliano á su secretario Spiegel, con una copia de la Pragmática Sanción francesa, al erudito *Jacobo Wimpheling*. La instrucción redactada para Spiegel dice, que el Emperador se ha decidido á tomar disposiciones para librar á Alemania del yugo de la Curia, y estorbar que se enviaran á Roma tan grandes sumas de dinero, las cuales emplearía finalmente el Papa en perjuicio del mismo Emperador. Wimpheling debía dar su parecer sobre tres especiales cuestiones: sobre las artimañas de los cortesanos, y los mejores medios para neutralizarlas; sobre la supresión de las annatas, y sobre el derecho de instituir un legado perpetuo, natural de Alemania, á cuyo tribunal se enviaran todas las querellas eclesiásticas y procesos; y sobre las ventajas que resultarían de una institución semejante (1).

La última proposición del Emperador era de grande trascendencia y tenía mayor alcance aún que lo proyectado en Francia; pues, el instituir un Legado *perpetuo* en Alemania, tenía por objeto «una permanente alteración del organismo eclesiástico, y una manera de independencia nacional de la Iglesia alemana» (2). Introduciéndose juntamente una pragmática sanción, hubiera sido este proyecto el primer paso para separar de Roma á la Iglesia alemana y producir un cisma. Wimpheling, animado de sentimientos genuinamente católicos, comprendió esto muy bien, y contestó de una manera harto reflexiva, prudente y reservada. Disuadió directamente que se introdujera la pragmática sanción, y manifestó mucha desconfianza y escepticismo acerca del proyecto del legado perpetuo; por el contrario, ponía toda la fuerza en que se mejorase el estado de las cosas eclesiásticas, dentro del marco de la organización eclesiástica establecida. Se expresaba extensa y enérgicamente sobre los perjuicios causados en Alemania por los cortesanos de la Corte romana; repetía, con algunas modificaciones, las tan nombradas querellas (*gravamina*) de la Nación alemana de 1457. Principalmente hacía resaltar los motivos financieros: una eficaz reforma de la administración, debía, á su

(1) Ulmann, *Maximilians Kirchenreformplan*, 204 s. Gebhardt, *Gravamina*, 67.

(2) Ulmann, loc. cit., 208. Cf. Maurenbrecher, *Kathol. Reformation*, 99, donde, con todo, no se hace resaltar suficientemente, que Maximiliano en su proceder daba preferente importancia á los asuntos políticos. Cf. Ulmann, loc. cit. 203 y Gebhardt, *Gravamina*, 76 (2.ª edición, 89).